

Juan Reig Serrano:

Thank you to everyone here, to come to raise up your voice for peace and dialogue. Thank you to Dr. Moreillon and Cordoba Forum for giving us the stage to be here to share, and thank you to all the speakers for sitting with us, for sharing these wonderful and meaningful words that you have shared. I am going to speak in Spanish, firstly because I am from Spain, and secondly because I am introducing a Colombian person, así que voy a hablar en español, en nuestra lengua materna. Tengo una buena noticia para el Dr. Moreillon: ya no somos cuarenta millones, somos más de cincuenta millones de scouts en el mundo, haciendo de este lugar cada día un poco mejor, un mundo mejor.

Para conocer a Camilo, a nuestro siguiente speaker, hay que saber dos cosas. La primera es que viene de Colombia, y es colombiano de la cabeza a los pies, y Colombia no siempre ha sido un país fácil. Colombia, como todos sabemos ha pasado por momentos muy difíciles, en cuanto a la convivencia y al diálogo, y Camilo nos contará más dentro de poco. Y Camilo es scout. Uno de esos más de cincuenta millones de niños, niñas y jóvenes que cada día intentan hacer del mundo un lugar mejor, que cada día se preparan para ser la mejor versión de ellos mismos, para ser ciudadanos y ciudadanos activos, que hacen que el mundo cambie y que el mundo se convierta en el lugar que todos queremos que sea.

El escultismo es un movimiento muy grande, somos muchos millones de personas, y como decía Baden-Powell, el fundador del movimiento: “cuando se ponen en práctica los valores del escultismo, los valores de la promesa y de la ley Scout, se termina cualquier posibilidad de conflicto y de guerra entre países”, y es cierto y hay miles de ejemplos por todo el mundo cada día, y quizás el más grande de estos ejemplos son los Jamborees, los World Scout Jamborees. Son campamentos que cada cuatro años reúnen a más de cuarenta mil niños, niñas y jóvenes de ciento setenta países y crean, durante doce días, una auténtica ciudad scout. Una ciudad donde los valores, donde la convivencia y el diálogo se ponen por encima del conflicto, de la guerra y de los problemas, y que nos muestra durante doce días cada cuatro años cómo debería ser el mundo y cómo podría ser si alzamos nuestros valores y los ponemos por encima de todo.

Como decía, Camilo es un ejemplo, es una de esas más de cincuenta millones de historias que se escriben cada día, pero es una historia muy especial, porque es tremendamente significativa. Camilo representa la esperanza, representa una historia que muestra cómo depende de cada uno de nosotros, que muestra cómo está en nuestras manos hacer del mundo un lugar mejor, que muestra cómo alguien puede recibir del mundo conflicto, dolor, odio, sufrimiento, y convertirlos en esperanza, en convivencia, en diálogo y en solidaridad. Porque depende de nosotros. Porque no está en nuestra mano elegir qué es lo que nos llega, pero si está en nuestra mano decidir qué es lo que sale de nosotros. Por eso les pido un caluroso recibimiento para el siguiente speaker, Camilo Ayala, de Colombia.

Camilo Ayala:

“Usted nació para grandes cosas, no se conforme con menos”. Damas y caballeros, mi nombre es Camilo Ayala, como bien lo decía Juan, soy de Colombia, muy orgulloso

colombiano, y el día de hoy quiero contarles la historia de cómo esas palabras en particular cambiaron mi historia.

Yo nací en el municipio de Puerto Rico, Meta; es un pequeño pueblo al oriente de Colombia, no más de mil habitantes, que es un paraíso definitivamente. Marca el final de las llanuras de oriente y el comienzo de la selva del Amazonas. Un pueblo colorido, un pueblo hermoso, pero un pueblo que también fue escenario de muchas batallas, una de ella recordada, desafortunadamente, como la toma guerrillera más grande de la historia. Más de dos mil quinientos guerrilleros miembros de las FARC se tomaron el pueblo durante siete días. En ese momento, y en medio de las balas, el llanto, los gritos, mi familia y yo lo único que podíamos hacer era estar debajo de la cama y rezar y esperar que no pasara nada malo.

Después de esos siete días, recuerdo que sonó la puerta. Y era alguien que le decía mi papá que teníamos veinticuatro horas para irnos de ahí o ya sabíamos lo que iba a pasar. Entonces, obviamente, empacamos lo que pudimos rápidamente, y en el pueblo había un solo camión, un camión que transportaba plátanos. Nos llevó al siguiente pueblo que se llama Puerto Lleras, y en Puerto Lleras viví lo que yo considero el momento más triste de mi vida. Empecé la escuela, normal, como todos los niños, y en un momento le dije a mi tío, que fue esa figura paterna, esa figura de ejemplo, le dije: “Tío, vaya a recogerme al colegio”. Él aceptó y justo cuando sonó la campana que anunciaba el final de las clases, empezó un tiroteo.

Yo iba caminando hacia mi tío y una persona que estaba justo detrás de él, nunca supe bien ni en qué momento, le disparó dos veces y quedó ahí. Yo salí corriendo y traté de abrazarlo, era mucho más grande que yo, y la sangre me quedaba en las manos. Y me dijo, en ese momento, una persona de diecinueve años, mirándome a los ojos, me dice: “No se olvide de sonreír, porque la vida es muy corta para estar triste” y luego me dice “Usted nació para grandes cosas. No se conforme con menos”. No sé si ustedes crean en los milagros, pero en ese momento, yo salí corriendo a través del pueblo. Había un tiroteo descomunal y bueno, no me pasó nada. Y creo esa es la viva muestra de que efectivamente, nací para grandes cosas, como lo dijo mi tío.

Nos fuimos a Bogotá, la capital, y cuando llegamos allí, algo muy particular pasó, y es que vivíamos en la calle. Comíamos lo que podíamos, lo que encontrábamos en las plazas de mercado o en la basura misma. En ese momento, la vida me cambió. Después de un tiempo en Bogotá, después de estar comiendo como comíamos, encontré varias herramientas que me dieron la posibilidad de cambiar mi mente. Para ese momento en mi vida, mi mayor sueño era convertirme en soldado y matar a todos los malos. Con tan solo seis años. Gracias a estas herramientas, gracias a que apareció en mi vida el movimiento scout, decidí cambiar esa mentalidad de querer matar a los malos, y hacer de los malos, personas buenas, para construir un mundo mejor al lado de ellos.

Con el tiempo, evolucioné, crecí, me dediqué a procesos de creación mucho más artísticos que matar a los malos, como decía. Sin embargo, hay que decirlo, en esa época, cuando empecé el colegio, la escuela, yo no era exactamente un ejemplo de convivencia. Básicamente, era como el típico niño que es el que se mete en problemas, el que ocasiona problemas, y bueno, era mi forma de lidiar con el hecho de que siempre me molestó que

me tuvieran lástima, porque creo que la lástima lastima. El potencial de las personas no se mide por su pasado, se mide por las acciones que hacen basados en lo que hayan pasado.

Después de eso, el movimiento scout siguió brindándome herramientas y, tras un curso de liderazgo que tomé en Guatemala, volví a Colombia súper motivado. Volví con la motivación de crear un mundo mejor, y dije “¿qué hago? ¿Qué hago? Yo necesito crear un mundo mejor. ¿Cómo lo voy a hacer”. Hay un paradigma en la sociedad colombiana que dice que quien estudia arte se va a morir de hambre, y yo en ese momento estudiaba Arte Dramático. Entonces era la pregunta: “¿Cómo un actor, un estudiante de Arte Dramático puede construir un mundo mejor? ¿Cómo hago? ¿Qué puedo hacer?”. Entonces, dije: “voy a volver al pueblo, allá está la respuesta.” Decidí regresar al pueblo donde nací, y allí viví la mayor coincidencia de mi vida: me encontré con esa persona que, quince años atrás, había matado a mi tío.

Lo vi cruzando la calle, y me acerqué y le dije: “Hola, probablemente usted no sabe quién soy yo, pero mi nombre es Camilo, y yo era el niño que hace quince años estaba aquí cuando usted disparó a mi tío en la escuela”. El gesto de esta persona cambió, le dio mucho miedo, porque en Colombia existen los Círculos de Venganza. Los Círculos de Venganza son círculos viciosos y donde, al final del día, los mismos victimarios que hicieron daño en su pasado, también fueron destruidos por la misma guerra que me hizo daño a mí.

Y le dije: “Sólo puedo decirle dos cosas: la primera, yo lo perdono. Y la segunda, de todo corazón espero que usted logre perdonarse”. Y pues en ese momento me dieron muchas ganas de llorar, y no me gusta llorar en público, entonces di la vuelta y me fui rápido para abordar el bus que me llevaba nuevamente a Bogotá. En el bus, pensé que se sentía bien perdonar, ¿qué tal si los diez millones de víctimas que somos en Colombia lo logramos? ¿Qué tal si dejamos el resentimiento a un lado? ¿Y qué tal si nos olvidamos de ese círculo vicioso de violencia? Entonces decidí que la forma en que un estudiante de Arte Dramático puede hacer un mundo mejor es contando una buena historia y lo hice a través del cine. Hice un cortometraje que cambió mi vida, porque sencillamente me dio la oportunidad de reencontrarme con mi pasado, mirar a la cara a mi pasado y perdonarme. Perdonarme a mí mismo, porque durante muchos años me culpé de la muerte de mi tío.

Ahora mismo, la sociedad colombiana está pasando uno de los momentos más vitales en el proceso de post-conflicto. En este momento, los hijos de los desmovilizados, de los exguerrilleros, están viviendo la misma discriminación que yo viví hace tiempo. Y me pregunto, ¿cómo podemos construir una sociedad colombiana, si lo único que hemos hecho es reconstruir las ciudades, reconstruir las carreteras, reconstruir los pueblos, pero nunca reconstruimos nuestras almas? Yo tengo la fortuna de haber podido perdonar y he enfocado mis esfuerzos de los últimos años en hacer que más colombianos perdonen, que más colombianos entiendan que el día de mañana, esa persona que es mi vecino o mi vecina, pudo haber sido un guerrillero o una víctima, y eliminar totalmente esos conceptos para entender que todos somos supervivientes de una guerra que nos quitó, y como supervivientes es nuestro deber enfocar nuestros esfuerzos para ser la primera generación de colombianos en vivir en paz. Muchas gracias.